

AFIRMACION DE UNA CULTURA

Manuel Alvarez
Departamento de Letras

Enronquecidos de clamar por nuestros derechos, nos hemos olvidado de nuestros deberes con nosotros mismos y con la especie a la que fatalmente pertenecemos. Pero estamos tan acostumbrados a depositar en los otros la responsabilidad de nuestras culpas, que no nos percatamos de que los casi cinco siglos de una universidad como la de San Marcos apenas le han servido para lograr un hallazgo científico de importancia, y ni siquiera para impulsar una idea original en el campo humanístico. Nada ni nadie —salvo nosotros mismos— impedía que Edison, Bell, Freud, Kant, Einstein o Heidegger nacieran en Lima, La Habana, Caracas o México. Son nuestras sociedades, refractarias a alentar ideas nuevas, despreocupadas de la tarea de modificar el entorno en que vivimos, las que no dejan espacio a la creatividad propia. Pero también sería falso afirmar que vivimos en sociedades retrógradas que abominan de los cambios, puesto que jubilosamente nos apuntamos a ellos. Lo que realmente ocurre es que nos negamos a iniciar esos cambios y a explorar por nuestra cuenta caminos novedosos. No hemos entendido que es la audacia creativa, la innovación, la que determina el curso de la historia y no al revés. No hemos entendido que desde hace cinco siglos el objeto de la civilización es el cambio. Por eso hemos resultado marginados.

Carlos Alberto Montaner
Para un continente imaginario

Normalmente, las ideas se quedan en lo más íntimo de nuestra psique si no hay órganos de expresión con qué darlas a conocer.

Es en extremo afortunado el momento actual pues, conjuntamente con ciertas inquietudes personales, se presenta la oportunidad de divulgarlas en un medio fundado para tal motivo. La revista universitaria, en la cual este artículo aparece, acaba de ser fun-

dada con una intención de amplia libertad editorial, de acuerdo a sus estatutos. Bienvenida sea. La libertad de palabra es fundamental para el intercambio de ideas. Y así, a los responsables por la concepción de esta revista y por el empeño de verla establecida, vaya un reconocimiento de nuestra parte.

Es doblemente afortunada la ocasión que se ofrece, pues es a los universitarios a quienes unas inquietudes como las que expongo deben ir orientadas. Ellos representan, como grupo, una población pensante, y es al pensador a quien este planteamiento va dirigido.

Tengo una preocupación por el futuro de lo que comúnmente se denomina Latinoamérica, denominación harto compleja ya que abarca más de veinte países legalmente reconocidos, con una composición muy variada de población. El área está integrada por varios grupos étnicos, y la proporción y mezcla de las razas que la integran se calcula en números altos. A pesar de esta diversidad física, existe una unidad conceptual que hace que nos reconozcamos individualmente como parte de un todo y da derecho a la denominación Latinoamérica. La unidad conceptual nos la induce el idioma y el acervo espiritual.

No pretendo ocuparme aquí del concepto unificador, porque éste no se puede dictar, ni aun sugerir (he oído tantas opiniones divergentes sobre el tema). Solamente se puede llegar a él por medio de un examen individual de conciencia. Primero debe sentirse individualmente antes de conocerse colectivamente. Creo, eso sí, que todos llegaremos al concepto, pero que lo haremos paulatinamente y en forma natural. Natural porque serán la expresión y la manifestación ineludibles de una civilización y una cultura diferentes. Creo, además, en la siguiente

secuencia: el proceso de identificar esa unidad, que nos hará un solo pueblo en el futuro, debe ser iniciado por cada uno de nosotros, en lo individual, como respuesta a nuestras inquietudes personales; y continuado por todos, en lo colectivo, como respuesta a nuestros temores de naciones titubeantes que se mueven sin derroteros.

Por estas razones, mi preocupación primordial es la existencia de un futuro tal que proporcione la oportunidad para expresarnos naturalmente, ya que no dudo que, dada la oportunidad, nos encontraremos a nosotros mismos.

Voy a plantear la inquietud que tengo por el futuro y a señalar los esfuerzos que deben hacerse para garantizarnos un lugar en él. Estas ideas son solamente un inicio, deben ser continuadas por otros. Además no pueden quedar sólo como ideas. La acción tiene que seguir al planteamiento. Por eso, es éste un planteamiento, no una obra cerrada.

Debemos empezar a considerar con urgencia las modificaciones del entorno en que vivimos. Y digo las modificaciones porque ya están ocurriendo sin nosotros proponérselo. Siempre han existido cambios en la vida de las sociedades, pero actualmente las alteraciones a los sistemas y estructuras vigentes son extraordinarias. Por eso digo que hay urgencia. Un atraso en este sentido nos obligaría, más tarde, a actuar en un marco referencial ya formado y determinado por otros.

Las modificaciones del entorno a que me refiero son los hechos que en estos meses, y originados en Europa, están conmoviendo y reestructurando al mundo entero. El efecto que vemos es una revolución política que está alterando el orden que, hasta hace poco, regía nuestro planeta. Las causas de esta alteración debemos buscarlas, consecuentemente, a nivel mundial. Sabemos que ideas novedosas concebidas en la Unión Soviética han propiciado y fomentado aperturas políticas en toda la Europa que existía detrás de la Cortina de Hierro. Pero, ¿cómo puede una apertura política causar tan extensa reestructuración del orden existente? Sólo es posible si ese orden fue establecido y mantenido falsamente. Si profundizamos hasta encontrar la causa primaria de la cual otras se derivan, tendremos que aceptar que, en el fondo, lo

que ocurre es que acaba de concluir la Segunda Guerra Mundial. Ese conflicto, que principió en septiembre de 1939, ha concluido finalmente. Que no nos confunda el hecho de que, al terminar finalmente la guerra, los beligerantes eran distintos de los que la iniciaron en aquel septiembre de 1939. Las potencias actuales se desarrollaron durante el largo proceso que fue la guerra, hasta llegar a las posiciones antagónicas que mantienen actualmente.

Hemos vivido desde 1945, año en que oficialmente concluyó el conflicto, en la estructura política, social, y hasta filosófica, que se edificó para implantar una falsa estabilidad que ocultara los problemas dejados sin resolver. Esta estructura es la que se está desmoronando y está siendo substituida por una estabilidad auténtica, natural. Y es que el fin de la guerra está permitiendo a entidades nacionales canalizar sus energías en la dirección que más les convenga. Este hecho es más importante porque presagia la estructuración de un nuevo orden mundial, que por el desahogo que aporta como fin del conflicto. Digo esto último porque, psicológicamente, ya estábamos acostumbrados a la "paz". El hombre se acostumbra a todo. Oficialmente se nos había dicho que desde 1945 existía un cese de las hostilidades y lo hemos querido creer, a pesar de los conflictos y sufrimientos mundiales de los últimos 45 años. Lo que no hemos podido hacer es engañar a las fuerzas nacionalistas, culturales y étnicas que habitan en nosotros. Aunque éstas han sido retorcidas en forma antinatural para mantener la paz de la guerra fría, siempre produjeron tensiones. Las estructuras hechizas han mantenido estas fuerzas sólo soterradas.

Lo importante ahora es que se están eliminando las barreras físicas y psicológicas para que las naciones busquen, de manera natural, su destino, destino que, no hay duda, buscarán dentro de su bagaje cultural. Como ya lo demuestran los primeros conflictos nacionalistas, el bagaje cultural les quedó intacto.

No debemos ser tan ilusos de creer que no habrá áreas del mundo en conflicto en el futuro. Habrá conflictos, pero ya no será por razones inducidas por ese capítulo de la historia universal llamado la Segunda Guerra Mundial. Serán forcejeos por encontrar los pueblos sus propios destinos. Será por ra-

zonas propias y no inducidas indirectamente por otros.

Esto nos trae de regreso al Continente Americano. El orden existente también va a cambiar aquí al alterarse la fórmula este-oeste y al crearse nuevos grupos económicos en Asia y Europa que competirán con los americanos. Al norte del Río Grande la alteración va a ser más de carácter económico que cultural. Esa parte del continente, desde temprana edad, tuvo una identificación bien definida de lo que era y del destino al que aspiraba. Su obra civilizadora es prueba del desarrollo de su propia identidad, desarrollo que ha crecido a niveles que han ameritado su exportación a todos los rincones del planeta. Nosotros, al sur del Río Grande, hemos recibido esta exportación en mayor magnitud. La penetración de otras culturas en la nuestra ha sido ocasionada no sólo por la fuerza de las otras (aporte positivo) sino también por la debilidad de la nuestra para enfrentarse a ellas en esas áreas donde podía aventajarlas (aporte negativo). Se ha aceptado cómodamente mucho de lo exportable de otros países, sin un análisis valorativo, con el consiguiente daño a nuestra incipiente cultura.

Este grupo de naciones amorfas, que va desde el Río Grande hasta Tierra de Fuego, debe darse cuenta de que la situación actual es única; se da por primera vez desde la independencia de España, por lo tanto, desde el nacimiento del grupo como entidad particularísima. Existe el peligro de que nuestra cultura y civilización, todavía débiles y no bien entendidas por nosotros mismos, queden más relegadas que nunca en la estimación de propios y extranjeros. ¿Qué le va a pasar a Latinoamérica ahora que tendrá que enfrentar, no a una cultura hegemónica o dos, sino a una multitud de ellas?

El orden internacional está cambiando rápidamente. Los países se están moviendo con energía, espoleados por la repentina oportunidad, en direcciones que les dicta su destino. Están realizando activamente en el mundo físico aquello que llevan dentro en el bagaje cultural, con el consiguiente desarrollo de ideas y directrices propias.

Alemania ya se reunió. Once nuevos países se incorporarán a la Europa del Mercado Común en los próximos años. Japón,

libre de ese resabio de la Segunda Guerra Mundial que desaprobaba una política exterior y un ejército propios, quedará libre para repensar su destino. Estados Unidos tendrá que preocuparse más por su relación con los nuevos bloques de poder resultantes y menos con Latinoamérica.

Esta situación puede parecer positiva a los que creen que ella nos obligará a valer más por nosotros mismos. Pero será negativa si no tenemos el espíritu de independencia predisposto o si no estamos preparados para sustituir la dependencia por la creatividad propia. Podríamos quedar material y culturalmente más expuestos, y reducidos a consumidores de todo lo que los nuevos bloques exporten.

Este es el planteamiento que nos debemos hacer para una pronta consideración y debate por parte de esas fuerzas pensantes que señalaba al principio.

Estamos, si nos lo proponemos, en capacidad para actuar sobre este planteamiento. El primer paso hacia una afirmación propia y particular en el área de civilización y cultura debe ser dado primordialmente en el espíritu de los pueblos. Conocemos demasiado bien, y los sentimos en carne propia, el atraso y la necesidad urgente de un resurgimiento económico en el área. Pero, a pesar de ese hecho, hay que reiterar que el primer paso no es económico sino de carácter filosófico. Dios sabe que hemos probado todas las direcciones de la Rosa de los Vientos que nos han propuesto en ética, política, metafísica, etc., propios y extraños, y que todas ellas nos han servido bien poco. Hay una dirección que no hemos probado: hacia adentro. Debemos buscar con premura, en nuestro fondo y pasado, la identidad que nos elude para poder marcar un curso de acción. El pasado es importante para que, partiendo de él, tracemos una línea directriz que, pasando por el presente, nos indique con certeza el futuro.

Advierto, antes de oír la frecuente lamentación acerca de la imposibilidad de hallar un común denominador en nuestra psique, que un grupo heterogéneo de pensadores latinoamericanos ya lo ha descubierto. Nuestros escritores han estado usando la homogeneidad que existe en nuestros pueblos como asunto en sus obras literarias. En nuestra literatura existe ya ese común denominador,

precursor de una identidad común. Es en ella donde individuos y comunidades deben buscar las directrices que conforman nuestra manera de ser. Nuestra literatura contiene, muchas veces encubierta, una filosofía muy propia que plantea una ya clara exposición de nuestras inquietudes. La literatura airea cuestiones éticas, ya sea ensalzando la moral o señalando la falta de ella, con el consiguiente aporte a nuestro desarrollo sociológico. De este núcleo de nuestra identidad, que es la literatura, saldrá la dirección que necesitamos para la acción. Acción que hará falta en todos los campos y disciplinas para afirmar nuestra identidad.

Como hice anteriormente, atajaré cualquier imposibilidad que se quiera introducir para excusar la falta de acción en los campos de la creatividad científica y humanística.

En nuestras universidades existen actualmente los medios para iniciar cualquier idea original y desarrollar cualquier hallazgo científico o humanístico. Me refiero al hecho de que cualquier universidad tiene en su haber unos cuantos tubos de ensayo y los mecanismos rudimentarios que tenía Madam Curie cuando descubrió y separó el radio; los filamentos que continuamente probó Edison al inventar la lámpara incandescente; pizarra, tiza y la bibliografía pertinente que Einstein necesitó en su apartamento de Berna;

papel, lápiz y la bibliografía que tantos creadores necesitaron para terminar sus obras sobre disciplinas tan variadas como matemática, historia, arquitectura, medicina, biología y filosofía.

Si se argumentara que para la acción creativa hace falta financiamiento, yo respondería que se necesita poco dinero en la etapa inicial, aunque mucho para la fase de desarrollo. Pero Latinoamérica tiene ya el conocimiento financiero, si lo quiere usar, para formar financieras, bancos de inversiones, carteles, y sociedades con otros países, que pueden proveer el capital necesario.

Para la empresa de determinar nuestro propio curso en la historia, basándonos para ello en nuestro espíritu particular, tenemos todos los ingredientes necesarios. Todos, menos el ingrediente esencial: La preocupación por desarrollar y afirmar nuestro potencial como miembros de una comunidad particular.

Ha quedado planteada la situación actual para la consideración de los interesados. Los subsiguientes pasos deberán ser dados por cada individuo en lo privado, en las áreas que incumben a su vida particular. La suma de estas acciones individuales moverá a nuestra sociedad en el empeño de dirigir su propio destino y de afirmar su cultura en esta importante coyuntura histórica.